

Larena

DE TODOS LOS PLANES PERFECTOS QUE CALCULÉ PARA HACER QUE HOY FUERA EL día más importante de mi vida, ninguno de ellos implicaba tener que esconderme detrás del carrito de los churros en el estacionamiento de la Convención Internacional del Libro y la Cultura.

–¿Estás huyendo de alguien, hija mía? –pregunta el vendedor mientras rellena un churro con dulce de leche y me mira de reojo.

–Tengo que cumplir una misión de vida o muerte en la Libro Con –revelo, usando el nombre que internet creó para el evento–, pero algunos chicos me siguieron hasta aquí con el único objetivo de arruinarlo todo.

–Te veo demasiado jovencita como para meterte en problemas con tanta gente.

Espió más allá del carrito, hacia nuestro autobús estacionado.

–Quien lucha por lo que quiere siempre encuentra algún que otro enemigo por el camino –respondo mordiéndome el labio en señal de concentración.

El vendedor me observa durante unos segundos más, duda que esté bien de la cabeza y vuelve a atender a los clientes que estaban en la fila.

Cuando decidí venir de excursión a la Libro Con, me había

parecido la alternativa más segura. Después de todo, no había forma de obligar a mis abuelos a conducir por horas para traerme desde nuestra ciudad hasta aquí.

Lo único que no esperaba era que, de todos los cientos de miles de habitantes de donde vivimos, fueran justamente *esos chicos* los que cayeran en la ruleta del destino para venir conmigo.

Más específicamente, *ese chico*...

–Visitantes acreditados o no, ¡la fila es por aquí! –grita un hombre con una camiseta en la que se lee “estoy para ayudar” más adelante en el estacionamiento.

Al final de la fila de los autobuses de excursión a noventa grados y girando a la izquierda, se encuentra el cruce peatonal que lleva al pabellón de entrada de la Libro Con. Hay un portal instalado que da la bienvenida a los visitantes. Llegamos temprano y hay pocas personas yendo para ese lado. La convención no abre hasta las diez.

Lo que es perfecto, porque tengo algo que hacer antes de entrar y hay menos gente en mi camino. Echo un vistazo alrededor por última vez. No hay nadie conocido en el perímetro, aparte de la chica que se sentó junto a mí durante el viaje. Ella todavía está cerca de nuestro autobús, mirando su celular con una ligera expresión de sufrimiento.

Es ahora o nunca.

–Voy a correr hacia la entrada y los chicos, dondequiera que estén, no van a poder verme –le digo al vendedor de churros–. ¿Usted puede cubrirme?

–¿Dulce de leche o chocolate? –pregunta el hombre. Me lanzo hacia la entrada. Los autobuses pasan como sombras a mi lado. Ya no sé si estoy segura, pero no puedo mirar atrás. El cruce peatonal está cerca. Una vez que lo pase, estaré a salvo. Ya casi estoy ahí...

No estoy a salvo.

En medio del cruce peatonal, que es mi única conexión con el momento más importante de mi vida, están *ellos*. Los cuatro caballeros del apocalipsis.

Los chicos del fondo de mi clase en la escuela.

–Lo ves, tonto –le dice el chico conocido como Salgadinho al más alto de los cuatro–. Te dije que la convención todavía no había abierto.

–Tranquilo, tengo otra idea –responde el alto, Guará.

Saca su celular y le muestra la pantalla a los demás, que se inclinan en un círculo para verla. Están a un segundo de verme también. Me lanzo detrás de una de las columnas del portal de bienvenida, mi pecho es un tambor nervioso.

–Esperen... –escucho que dice Guará–. Esperen...

“¡CUAC!”, el sonido del celular grita de repente, como un pato.

Los chicos estallan en carcajadas.

Está bien, admito que *tal vez* estoy siendo dramática, tengo cierta tendencia a exagerar *un poco*, y *tal vez* no haya sido que los cuatro me hayan seguido hasta aquí para fastidiarme. Tres de los chicos incluso son inofensivos: Salgadinho, un chico blanco de piel bronceada, siempre con el ceño fruncido debajo de la gorra que según la leyenda solo se la quita cuando va a firmar alguna amonestación cada semana a la oficina de la directora; Guará, el chico entusiasta que usa lentes, es largo y su cabello es rojizo como de lobo, pero a diferencia del aguará guazú (esa especie de lobo que vive en el Cerrado y se caracteriza por vigilar en solitario), vive para la manada; y Bonito, un chico negro de piel clara que raramente aparta los ojos del celular, ya que es demasiado fotogénico para gastar su belleza solo con la admiración del mundo real.

Aunque sean criaturas que se alimentan del caos, estudiar con ellos

en el tercer año de secundaria me enseñó cómo evitar cruzarme en el camino de ese huracán de malas ideas.

Hasta aquí, todo bien, esos tres no son el problema. Para ser sincera, ni siquiera estoy segura de que sepan que estoy aquí, ya que me escondí discretamente cuando los vi subir al autobús, más temprano.

El problema es el cuarto chico.

Espío con cuidado más allá del portal de bienvenida.

Aprieto los ojos.

Gabriel Marques.

Mi archienemigo.

Cuando sea viejita y sea la emperatriz del Nuevo Brasil, mi página de Wikipedia tendrá una entrada sobre él en la subsección “Antagonistas”.

ANTAGONISTAS

Gabriel Marques, un joven blanco de cabellos claros y rizados similares a los de una versión adolescente del *Angelito de Mónica y su pandilla*, que tomó el metro lleno de la estación Sé en San Pablo en hora pico y nunca más se miró en el espejo, era popularmente reconocido [21] como la cría del demonio que ascendió de las profundidades del inframundo al universo mortal con el único propósito de competir con Lorena, la Grande, y hacer de su vida un infierno.

[21] *Cassarola Star* (2072).

Lorena Pera: la Biografía Completa, vol. 1. Colonia X de Marte: Editorial Interestelar. p. 136. 680 páginas en holograma.

La versión real de Gabriel deja de reírse y arruga la frente.

–¿Por qué nos estás mostrando este video de un pato? –pregunta. Solo de oír su voz ya empiezo a erizarme–. No me digas que van a...

–Por supuesto que sí –Guará mira a sus amigos con la mirada intensa de un líder revolucionario.

Por un momento, tengo el terrible presentimiento de que los cuatro descubrieron una fórmula para destruir el mundo usando un... pato.

–Vamos a grabar el primer video de la cobertura de la convención para nuestro canal haciendo un montaje con este pato –anuncia Guará–. Hasta bajé un audio de un remix del ‘cuac’. ¡Va a quedar genial!

... De alguna manera, esto me suena peor que la destrucción mundial.

–Ah –Gabriel no parece emocionado. Probablemente también prefiera la destrucción mundial, ya que es un supervillano y todo eso–. ¿Realmente van a seguir adelante con la idea de grabar esos videitos hoy para subirse a la moda de la Libro Con? Pensé que era en broma.

–Si se trata de bromas, siempre hablamos en serio –dice Salgado, estoico.

–¡Somos profesionales! –Guará saca de la mochila y se pone una credencial similar a la del empleado de Libro Con que indicaba el camino hacia aquí, pero en el lugar de la foto hay una imagen de un pato. No llego leer lo que está escrito, pero sospecho que es el nombre de su canal, así que siento que es mejor ni leerlo–. Estamos planeando los guiones de estos videos hace meses, ya lo sabías.

~~–Internet no para de hablar de esta convención –Salgado~~

mira hacia el primer pabellón—. No somos tan tontos como para perder la oportunidad de usar esto para ganar visualizaciones. Podemos hacernos grandes.

—Pero *¿deberían?* —Gabriel se burla.

—La carga de hacer los videos tontos que se vuelven virales en internet es pesada, pero la hemos aceptado —dice Guará con su sonrisa de lobo, sin inmutarse—. Basta de intentar domesticar nuestro *arte*.

—El arte que llevamos dentro es imposible de domesticar —contribuye Bonito, medio distraído, tipeando algo en el celular (probablemente eso mismo que dijo, para publicarlo con alguna selfie motivacional, como suele hacer).

Una gota de sudor recorre mi frente, y no es por el sol. Estamos perdiendo tiempo. ¿Cómo voy a conseguir pasar si estos chicos no...?

—Vamos a volver y empezar con la escena de Guará bajando del autobús —decide Salgado y mira a Gabriel—. Vas a ayudarnos, ¿no?

Espero que mi enemigo lo rechace, porque sus amigos están siendo demasiado tontos, sé que yo lo haría, pero ve algo en el rostro del otro chico, que está serio, y eso derriba sus murallas.

—Voy a ayudar en lo que pueda —acepta Gabriel—. Pero ya adelante que no voy a participar en ningún bailecito.

—Eso sí quiero verlo —Guará baila un movimiento burlón mientras se gira hacia mi dirección.

Me escondo detrás del portal como un yoyó que jalaron de vuelta.

—Después les muestro la lista de videos de patos que separé para guiar la narrativa de nuestro contenido de hoy —oigo a Guará. Se están acercando.

—Nunca voy a entender tu obsesión con los patos —comenta Gabriel.

–Los patos son unas criaturas magníficas.

–Ustedes también y sin embargo no los estoy filmando para subirlo a internet.

Guará está golpeando el hombro de mi enemigo cuando pasan a mi lado. Si cualquiera de ellos se da vuelta, me va a ver aquí, aplasto mi rodete desordenado contra el portal de entrada, mis nudillos aprietan con fuerza la correa de mi bolso cruzado.

Uno por uno hace la curva y vuelven al estacionamiento, y mi corazón comienza a acelerar el ritmo de nuevo. Salgadinho. Bonito. Guará. Gabriel...

Gabriel duda. Se agacha y se ata los cordones justo antes de salir del cruce.

Por un segundo, quiero que me vea. Quiero restregarle en la cara que estoy aquí a punto de tener el mejor día de mi vida, y que él se va a quedar atrás. Ver su reacción ante mi victoria.

Pasa el segundo. Mis pulsaciones se disparan. Me muevo hacia un lado, tratando de reposicionarme en un punto ciego. Si gira la cabeza un poquito, ya entraré en su visión periférica.

¡Dios mío, nunca vi a alguien tardar tanto en atarse los cordones! ¡Ni siquiera se supone que un demonio use zapatillas, en primer lugar!

Gabriel se levanta. Respiro hondo. Él mira discretamente más allá del autobús estacionado.

Retrocede, gira y se encuentra frente a frente conmigo.

Es como si el sol se hubiera concentrado en un único foco para mostrar, en medio del universo entero, a mí ahí.

Ninguno de nosotros sabe qué decir por un momento, sus cejas se confunden con su cabello, en clara señal de sorpresa.

–Lorena –dice lo evidente, como si eso fuera a ayudarlo a entender por qué estoy ahí–. Así que viniste en la excursión con nosotros.

Había visto tu nombre en la lista cuando me inscribí, pero no te encontré en el autobús.

–Estaba en el fondo.

–Ah, ¿al lado de la chica alta?

Asiento y no digo nada más. Quiero darme vuelta y salir corriendo, pero no puedo. No sé cómo. No sé actuar.

Entonces, sus ojos pasan sobre mí y sobre el portal, ve que estoy en el camino que lleva a la convención a la que estoy tratando de llegar. Cuando vuelve a mirarme, soy un cubo mágico que intenta resolver rápidamente.

–Tengo que irme –digo, porque quiero que pare–. Estoy atrasada.

–Entonces, ¿por qué estás escondida ahí?

Mierda.

Me obligo a soltar la correa del bolso.

–No estoy escondida. Ustedes no me vieron. Estaban demasiado distraídos planeando destruir el mundo con... vídeos de patos.

Gabriel baja su rostro y muestra una sonrisa torcida que me hace querer pellizcar su rostro para hacerlo simétrico de nuevo.

–Los chicos son unos visionarios... –dice él–. Exclusivamente para las bromas.

–Entonces mejor que vayas a ayudarlos a encontrar algo más productivo en lo que dedicar tanta genialidad –señalo hacia el estacionamiento detrás de él–. Buena suerte.

Me deslizo fuera del pilar pasando por el portal y huyo hacia la convención.

–¡Lorena! –me llama. Camino más rápido–. ¡Puedo ayudarte!

Me detengo con un pisotón. ¿Cómo se atreve a pensar que necesito ayuda para algo? ¿Está tratando de *ofenderme*? Giro con el mentón en alto.

–Ni siquiera te das una idea de lo que vine a hacer.

Pero me examina de nuevo, con esa manera suya de criatura del inframundo que tiene más de mil ojos y ve lo que no queremos mostrar.

–Hay una sola cosa que los visitantes pueden hacer antes de que la convención abra, y yo te conozco. –Algo en esas palabras me dio un escalofrío por la espina dorsal–. Vas a la zona de distribución de los pases de autógrafos para conocer a la autora de *Cometas de la Galaxia* más tarde. Puedo ayudarte con eso.